

RECENSIONES

El hombre que ama a Gene Tierney, de Daniel María: una novela escrita «con el material con que se tejen los sueños». Colección: SYNOROS, Materias: Narrativa Contemporánea, pp. 182.

El hombre que ama a Gene Tierney, de Daniel María (ediciones La Página, 2012 y Accésit de Edición del Premio de Novela Benito Pérez Armas de 2011), es una sorprendente y original novela en la que, ya desde el título, el cine y la literatura se aúnan para la construcción de un edificio narrativo desconcertante y moderno.

En esta novela, Daniel María exhibe la misma fruición cinéfila con la que escribió dos fascinantes trabajos basados en esa película de culto que aun hoy sigue siendo *El extraño viaje*, de Fernando Fernán Gómez: por un lado, el estudio *El caso de la película imposible: «El extraño viaje»* y, por otro, la edición y novelización del guion literario de la película, con prólogo nada más y nada menos que de Luis García Berlanga, ambos editados por La Página en 2011.

Con semejantes credenciales, no resulta extraño, para quienes conocemos y admiramos la trayectoria de Daniel María, que su primera novela aparezca «amadrinada» por la actriz que puso rostro a la evanescente *Laura* de Otto Preminger, porque, efectivamente, la trama de la novela es tan huidiza y fantasmagórica como el personaje: una concatenación de sugerencias que el lector intenta apresar en un mundo de sombras, ensoñaciones y palabras.

«De pintar un cuadro ahora reflejaría mi cabeza embotada de incomprensibles pensamientos hilvanados caóticamente en un parpadeo alentado. Una nube de sueño, que mece los raíles, camino de un edificio de hormigón lleno

de libros». Con estas palabras que encontramos casi al inicio de su novela, Daniel María parece estarnos ofreciendo una suerte de «declaración de no principios», invitándonos a un errático recorrido cuyo origen y destino no son otra cosa que la escritura desatada, la creación en libertad: la invitación, de nuevo, a un «extraño viaje» que podemos o no aceptar.

En efecto, términos como «embotada», «caóticamente», «sueño» invitan, ya desde el principio, al lector a una aventura cuyo destino es voluntariamente incierto, deliberadamente confuso: un viaje, aparentemente «a ninguna parte» pero que nos conduce, si nos dejamos, a todas las puertas, todos los territorios posibles que entreabre la imaginación onírica. Y ese viaje, que el autor nos propone acariciando, amasando, pisoteando y saboreando las palabras de una prosa exquisitamente poética, tiene un solo protagonista: la creación artística, en cualquiera de sus facetas. De ahí que la cita mencionada más arriba empiece con un cuadro y termine con los libros, pasando, como es esperable en el autor, por el mundo del cine, al que nos remite ya desde el título.

Vemos así, desde el principio, que Daniel María nos ofrece muchas cosas en esta novela, pero, principalmente, una: la pasión por el cine, por la pintura, por la escritura, por la poesía: por el ARTE. Pero no nos encontramos —todo lo contrario— ante un homenaje impostado y «esteticista» o ante un autocomplaciente y exquisito recorrido por una obra previsible y fácil cuyo único destino es el ego ensimismado del escritor, algo inconcebible, por otra parte, para alguien que inicia su novela con un homenaje a Agustín Espinosa, autor de ese monumental



Crimen publicado en 1934 y que aun hoy sigue epatando, no solo por su subversión moral, sino por todas las libertades que el surrealismo legó a la creación.

Si tuviera, en efecto, que elegir una palabra para definir la sensación que me produjo la lectura de *El hombre que ama a Gene Tierney*, esa palabra sería, sin ninguna duda, *libertad*, porque lo que hace Daniel María a lo largo de las casi doscientas páginas de su novela, es solazarse —y solazarnos, si nos dejamos— en un apasionante y febril vagabundeo que nos lleva del surrealismo al cine clásico, de la novela al guion fílmico, de las Memorias al costumbrismo y al género detectivesco.

Semejante *collage* no puede, por tanto, plantearse como una novela de estructura «convencional» (si es que es lícito hablar de eso ya a estas alturas) con su planteamiento, nudo y desenlace, sus personajes minuciosamente caracterizados y un argumento reconocible y fácil de resumir con criterios racionales.

El hombre que ama a Gene Tierney es, por el contrario, un irreductible crisol de referencias en el que encontramos los claroscuros del Hawks y Wilder, la azarosa estructura de *Un perro andaluz* y el rancio aroma de Fernando Fernán Gómez y Luis Berlanga, y precisamente por eso apasionará a muchos y puede decepcionar a otros tantos, porque ese variopinto experimento de tonos y estilos remite, ante todo, al mundo personal del autor.

Por todo ello, podemos decir que *El hombre que ama a Gene Tierney* es una novela de novelas, un laberinto sin salida, una propuesta que empieza con el homenaje a Agustín Espinosa y la promesa de un relato detectivesco que finalmente no se resuelve y con las andanzas de un joven doctorando enamorado, inconstante y adicto a la lectura descontrolada (capítulo «Uno»), nos lleva después por un conato de guion de una película de cuya producción tampoco se nos dice nada («Ceniceros. Guion cinematográfico»), prosigue con una sugestiva serie de reflexiones y aforismos, cargados una vez más de referencias musicales, cinematográficas y literarias, que lleva por título («Como piedras rodando»), continúa con una serie de remembranzas e impresiones dedicadas a personas de la infancia gomera del

autor («Vuelo de pardelas. Autobiografía temprana») y culmina nuevamente con «dos», regreso al ;personaje principal? que parece habernos guiado por este multiforme paisaje narrativo, a veces sereno, a veces escarpado, sorprendente siempre, dejándonos con una sensación de placer estupefacto, de haber viajado en un tren que se desliza por una madeja —¿o maraña? — de raíles que nos devuelven al mismo punto de partida.

¿O no? Porque ese tren —con destino, supuestamente, «a ninguna parte»— al que Daniel María nos ha invitado a subir nos ha conducido, a través de diversos tonos, estilos, personajes, referencias y homenajes metaficticiales, nada más y nada menos que al territorio infinito de una imaginación sin trabas.

Como en todo viaje, hay lugares —en este caso, capítulos— en los que cada pasajero hubiera querido detenerse más tiempo. En mi caso, ese lugar sería la «minitrama» que se esboza en «uno» y en la que se intenta descubrir, con la ayuda de un profesor real de la Universidad de La Laguna, un asesinato inspirado en la obra de Agustín Espinosa, brillante momento de la novela repleto de guiños y homenajes a la poesía surrealista.

Pero otros lectores quizás querrían saber más de otros personajes, querían saber qué sucede al final con «Sarah con h», esa especie de *Laura* inaccesible afincada en el Campus de Guajara que aparece en «uno» y «dos» y que nos remite al título de la novela; o acaso pasar más tiempo con la encantadora galería de criaturas que representan la «magia cotidiana» de la vida popular en «Vuelo de pardelas»; otros tantos se preguntarán qué ocurrió con el guion «Ceniceros» y otros, tal vez, quisieran solazarse más con la serie de perlas, de greguerías, que nos regala en «Como piedras rodando».

Pero *El hombre que ama a Gene Tierney* no es una novela que responde preguntas, ni pretende clausurarse con un argumento *de cabos bien atados*: Daniel María nos presenta, sencillamente, un juego, un reto: recorrer un mapa sin puntos cardinales, construir un *puzzle* sin la referencia de la imagen completa, navegar por muchos mares sin Cuaderno de Bitácora.

Desde aquí quiero celebrar esta novela atrevida, arriesgada, que nos exhibe tanto el afán



experimentador del escritor como la fruición del espectador-lector. Una novela que tiene la audacia de rendir homenaje a Gene Tierney, musa casi olvidada y reducida al rincón del cinéfilo nostálgico, para ponerla a dialogar con Billy Wilder, David Bowie, Agustín Espinosa, Antonio Vega y todo un variopinto catálogo de personajes y referencias que conforman el complejo imaginario del autor.

El hombre que ama a Gene Tierney, en riguroso presente, es —nada más y nada menos— una deliciosa sopa de letras e imágenes que se despliega en el *lino de los sueños* y que sólo puede saborear con calma quien es capaz de zambullirse, sin prejuicios ni ataduras racionales, en el callejón sin salida de los paraísos ficticios.

Isabel CASTELLS MOLINA

